

de Leugtemburgo y no sé cuántos magnates más. Es el día siguiente al de la llegada del Sultan, y todavía excita la curiosidad. Es la primera vez que el dueño de Constantinopla deja los encantados jardines del Bósforo, para venir á las tierras de Occidente, á las cuales no hubieran jamás venido sus predecesores, sino llevando en una mano la cimitarra y en la otra el *Korán*. Débil, heredero de todos los vicios del islamismo, con el peso del dogma mahometano sobre la conciencia, con un Imperio disuelto á los piés, sombra de un cadáver, todavía es para los franceses el que impide á la temible barbarie moscovita llegar hasta Occidente, y para los ingleses el atleta que tiene abierta la ruta de las Indias. Yo le miraba, y unia á su presencia los recuerdos de mi patria. Yo recordaba que nosotros retardamos medio siglo la caída de Constantinopla en su poder, grabando las barras aragonesas en el Monte Tauro y en el Eta; que nosotros impedimos al turco extenderse por todo el Mediterráneo, convertir el mar de la civilización en estanque de sus serrallos, cuando sepultamos sus escuadras en las hirvientes aguas de Lepanto, donde perdió una mano el mayor entre todos los escritores; y reuniendo á estos recuerdos mi fé en la justicia y mi esperanza en los triunfos del derecho, acordábame de esos pobres candiotas, víctimas de la más implacable persecución, que nos tienden los brazos desde las hogueras de su martirio y que mueren por arrancar la media luna á la Basílica de Constantino profanada, y por proclamar el dogma de la libertad en esas bellas costas griegas, hoy convertidas en ponzoñosas y estériles por el soplo letal del fatalismo. Por más que su representante venga á París; por más que baje la frente coronada por la diadema de Mahomet ante el pensamiento libre y el trabajo; por más que presencie fiestas como la fiesta de la Industria, no tiene remedio; el *Korán* es de esos libros que mueren y no se renuevan; la Turquía es de esos pueblos que perecen al

contacto de la civilización, como perecen al contacto de la luz y del aire los enfermos y pálidos engendros de las sombras. Ese Sultan, á pesar de su traje europeo, con el cual ha burlado la natural curiosidad de los parisenses; á pesar de sus viajes y de sus visitas, muestra bien claramente en aquella su fría indiferencia, en aquella su impasible actitud, que la idea, de la cual es representante, idea con artificios sostenida por Francia é Inglaterra, tiene toda la rigidez de la muerte.

Prosigamos describiendo la bella ceremonia. Poco antes de que el Emperador y su corte vinieran, fueron apareciendo los principales premiados en cada grupo. A su cabeza llevaban su respectiva bandera con las insignias de su trabajo, instrumentos de sus luchas, principal causa de sus gloriosísimas victorias. Aquellos eran los ejércitos de la paz, y sus banderas las oriflamas de las únicas guerras posibles en el porvenir. Aquellos hombres modestos habían hermoñado la vida y no habían derramado la sangre que esteriliza la tierra y siembra la peste en los aires, sino el acre sudor de sus frentes, más fecundo que la lluvia de los cielos. Un saludo respetuoso honraba cada grupo. Una emoción profunda se sentía en aquel público. Hubiéranse podido contar los latidos del corazón de los veinte mil espectadores. En tal emoción había un presentimiento. El mundo de la guerra se iba como una sombra, y el mundo del trabajo venía como una aurora. Cuando el Emperador apareció, la orquesta entonó el himno de Rossini. Toda la prensa ha criticado acerbamente la cantata del gran maestro, el cual personifica una revolución artística en nuestro siglo. Confesemos que el himno de *Rossini* no es ni como la plegaria de *Moisés*, saliendo libre de Egipto, ni como el cuarteto de *Guillermo Tell*, fundando la libertad de Suiza en el divino altar de los Alpes. Por muy excéptico que en la vida privada sea el maestro, para remontar el vuelo á las cimas del

arte, necesita alas, y las alas de su génio han sido siempre la fé y la libertad. Esa poesía, sembrada de cánticos de no sabemos qué especie de pontífices, que no pertenecen á ninguna religión; cortada por los coros de las cantineras; invocando la guerra en la fiesta de la paz y disponiendo, como de instrumentos principales de los cañones y de los obuses, no podía ser de ninguna suerte una inspiración feliz. Rossini con otra letra hubiera tal vez compuesto otra música. Sin embargo, en algunos de aquellos grandes *crescendos* se descubre siempre el génio inmortal de las brillantes armonías. El águila ha dejado impresas, en ésta como en todas sus obras, las señales de sus garras. Concluido el himno, Mr. Rouher leyó el discurso en que refería las dificultades vencidas, los resultados obtenidos. El palacio ocupa cuarenta hectáreas; el peso de los productos expuestos asciende á veinte y ocho mil toneladas; los caballos de vapor que mueven las máquinas son más de mil; los grandes premios, sesenta y cuatro; las medallas de oro, ochocientas ochenta y tres; las medallas de plata, tres mil seiscientas cincuenta y tres; las medallas de bronce, seis mil quinientas sesenta y cinco; las menciones honoríficas, cinco mil ochocientas una, y sesenta mil los expositores. El Emperador pronunció en seguida, con voz muy sonora y acento muy firme, su discurso. Los periódicos ingleses decían que el primer orador de discursos oficiales en Europa era el Emperador Napoleón. Pero lo que no dicen los periódicos ingleses, por razones de mí desconocidas, es si debía tal habilidad á sus dotes naturales ó á la altísima posición que ocupaba en Europa, como jefe de un pueblo tan grande y dueño casi de decidir de sus destinos en los momentos supremos de su vida. La palabra de Napoleón resonaba, mucho más que ninguna otra palabra en el mundo, por el tornavoz que formaba su inmenso trono y por el silencio que guardaba su débil pueblo. El discurso tiene razón, cuando dice que la Exposición es

una maravilla, y que merece el título de universal por los productos que la componen y por los pueblos que la sustentan, y que es una innovación felicísima el décimo grupo, destinado á estudiar los medios de resolver el problema de la miseria y de elevar á la instrucción al proletariado; pero el discurso no tiene razón cuando dice que en Francia había libertad. Después del discurso fué acercándose cada grupo á recibir su recompensa. Entre estos grupos, el que recibió más grande ovación del inmenso público fué el décimo, aquel cuyo objeto es mejorar las condiciones morales y materiales de las clases trabajadoras. Indudablemente, en esta grande renovación de las sociedades modernas, en estas inspiraciones nuevas que llenan su conciencia, en esta generación de un nuevo derecho, el más pavoroso, y por lo mismo el más grande entre todos los problemas, es encontrar el nuevo mundo social.

Los mares son más procelosos; los bagios más temibles que los mares y los bagios del mundo material, aunque el norte de la justicia sea más claro en la inmensidad de la conciencia que la estrella polar en la inmensidad de los cielos. Cuando aquella multitud de gentes bien acomodadas, viviendo, no ya en la medianía, sino en el lujo, se preocupaba así del porvenir de las clases trabajadoras, mostraba cómo han cambiado las condiciones morales de un mundo, que ayer no se acordaba de los pequeños ni de los ignorantes, y que hoy les reconoce su derecho á la vida superior de la libertad. A la distribución de los premios, ha sucedido un paseo de todo el inmenso concurso de príncipes y de soberanos por todo el inmenso salón. El Sultan iba en medio, dando muestras de la misma glacial indiferencia que durante toda la ceremonia. A su izquierda iba el Emperador, á su derecha la Emperatriz. Seguían después los varios príncipes venidos de las principales cortes de Europa.

Todo el mundo notó que no estaban pre-

sententes ni el conde ni la condesa de Flandes. Los príncipes belgas no habían asistido á la ceremonia en virtud de una carta del Emperador. También se notó que al entrar en el salón de descanso, antes de comenzarse la fiesta, llamaba aparte Napoleón III al Embajador de Austria, y le decía algunas palabras al oído. El Embajador tomó del brazo á su esposa y ambos salieron del salón. A las once de la mañana recibía Napoleón III la noticia de que su cliente, el Emperador Maximiliano, había sido fusilado por Juárez. En el hermoso rostro de la Emperatriz se notaban las señales de profundísima tristeza, y aún hay quien añade que las huellas de encendidas lágrimas. El Emperador Maximiliano había nacido el segundo de los herederos al trono de Austria, y se había siempre imaginado, por la superioridad de talentos sobre su hermano, ser el primero. Esta convicción le condujo á tener una política propia, cuando para dar pasto á su actividad le nombraron en Viena gobernador de Lombardía. Tal política disgustó á su hermano y cayó en desgracia. Entonces se retiró á Miramar, especie de destierro entre forzado y voluntario. En una de sus excursiones por Europa, habitó algunos días el palacio de St.-Cloud, donde Napoleón III solía pasar los estíos, y desde el cual se descubre á lo lejos como un océano sin límites la inmensa ciudad de París. Aquí nació la idea de colocarle en un alto trono. Los viajeros tienen á gala pasear por las mismas galerías en que los dos príncipes departían sobre estos proyectos, que al uno le han costado la cabeza y que al otro debían costarle gran parte de la autoridad necesaria para conservar el trono. A las excitaciones del Emperador, se unían razones de familia bastantes para aguijonear á Maximiliano. Era la una el desamor de su hermano, siempre de él receloso. Era la otra el deseo de reinar, que siempre aquejó á su esposa, mal contenta en su retiro, donde tenía por único recreo la vista de las altas montañas y de los profundos mares, no tan

lentos de abismos, diría Bossuet, como las grandezas humanas. Maximiliano dudaba. El Emperador le escribía carta sobre carta rogándole que aceptase el trono, y la Princesa Carlota le dirigía con el mismo fin instancia sobre instancia. Maximiliano tenía un confuso presentimiento de sus terribles desgracias. Decidida la aceptación, fué la Emperatriz Carlota á despedirse de los hermanos de su madre, de los príncipes de la casa de Orleans, los cuales entonces arrastraban por el mundo las tristes penas del destierro. Todos la despidieron afectuosamente. El duque de Nemours guardaba un profundo silencio.—«¿No me decís nada?»—le preguntó la Emperatriz.—«Nada.»—«¿Por qué?»—«Ya conseguiste lo que tanto has deseado. Quiera el cielo que lo conserves mucho tiempo. No creo, sin embargo, que estos mis votos se cumplan, porque no es nuestra familia de las nacidas para conservar largos años una corona.» Después de algun tiempo, vistas las dificultades con que tropezaba el Imperio, vino la Emperatriz Carlota á Europa, creída de que su presencia bastaría á decidir una larga próroga de la intervención francesa. La próroga era imposible, porque no la consentían los Estados-Unidos. La infeliz Princesa cayó en la demencia. Su estado era tal, que ni siquiera fué poderosa á sacarla por un momento de su estupor, la noticia del terrible fin que tuvo el amante esposo, el desdichado jóven, que todo lo sacrificó por ceñir á sus sienes esa corona, por la cual ella perdió la razón, y él la vida. ¡Horrible suerte, en verdad, la de esta dinastía que fundó en Austria un nieto de Isabel la Católica, un hermano de Carlos V, un nieto de otro Emperador, caballeresco y pendenciero, que se llamó Maximiliano. María Antonietta murió en un cadalso. La archiduquesa María Luisa huyó entre nieves y tempestades del tálamo y del trono que había compartido con Napoleón I. El hijo de sus entrañas, el Rey de Roma, destinado al Imperio francés, murió prematura y misteriosamente,

El último Emperador, Fernando, abdicó para encerrarse en triste retiro de Bohemia. El Emperador actual ha sido despojado de Lombardía y de Venecia; lanzado como un extranjero de Alemania, humillado en Hungría. La archiduquesa Matilde ha muerto abrasada. La prometida al hijo de Víctor Manuel prefiere un claustro á la corona de Italia. El Em-

perador Maximiliano muere fusilado en Méjico. La Emperatriz Carlota pierde el juicio. Si un Esquilo existiera hoy, escribiría una trilogía tan terrible como su Orestíada, tomando por siniestro argumento el destino que pesa con su mano de hierro sobre esa familia de reyes.